



Necesidades y política ecosocialista

Joaquín Sempere

El dilema

El viejo lema socialista “De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades” ha quedado obsoleto en su segunda parte. ¿Cómo definir cuáles son las necesidades de una persona en una sociedad industrializada? Una alimentación sana, una vivienda digna, vestido, un nivel de instrucción adecuado, una atención sanitaria suficiente: todo esto entraría, sin duda, en el inventario de las necesidades de cualquiera. Las llamaremos, de momento, *necesidades básicas*. Pero, ¿qué más? ¿El automóvil, la lavadora, el televisor? ¿La lavadora sí y el lavaplatos no? ¿El televisor sí y el vídeo no? ¿Qué decir del microondas y el aparato de alta fidelidad, o de la segunda residencia?

De hecho, en un país como el nuestro, *todos* los bienes enumerados entran en la “cesta de la compra” de muchísima gente, incluida una buena parte de la clase trabajadora.

Es probable que a mucha gente ni siquiera se le haya ocurrido que exista problema alguno al respecto. Pertrechados con todos estos bienes y otros más, considerarán que es lo más natural del mundo poseerlos.

El problema distributivo y el ecológico

Pero hay dos realidades que vienen a aguar la fiesta. Una es la pobreza “relativa” de buena parte de la humanidad, que no goza de

La biosfera no soportaría que el estilo de vida euronorteamericano se generalizara a todos los habitantes del planeta

Este texto forma parte del libro *Necesitar, desear, vivir. Sobre necesidades, desarrollo humano, crecimiento económico y sostenibilidad*. Coordinado por Jorge Riechmann. Los Libros de la Catarata, Madrid, 1998.

*¿Cómo se
convierte lo
superfluo en
necesario?*

tales bienes o incluso carece de algunos de los que satisfacen las necesidades básicas. En los casos más extremos, en los que debe hablarse de *pobreza absoluta*, tenemos unos 750 millones de personas en el mundo que pasan hambre y padecen enfermedades o mueren prematuramente a causa de la malnutrición. La otra realidad aguafiestas es la alarmante disminución de la capacidad de la biosfera para aguantar la agresión del sistema productivo industrial y agrícola que proporciona los bienes sobreabundantes de que goza la minoría privilegiada del mundo. Esto debe contemplarse, además, no como una realidad estática, sino cambiante, en la que grupos crecientes de personas acceden a niveles de consumo superiores y expresan demandas crecientes de bienes agrícolas e industriales —como está pasando en los países en rápida industrialización (China, Corea del Sur) o entre las clases privilegiadas de muchos países del Sur, que tratan de imitar los estilos de consumo del Norte—, y los habitantes del Norte no cesan de incrementar sus propios niveles de consumo, aunque una parte de ellos se vayan hundiendo en la pobreza (relativa y hasta absoluta). La biosfera no soportaría que el estilo de vida euronorteamericano se generalizara a todos los habitantes del planeta. El consumo de recursos minerales, en particular el petróleo, la pérdida irreversible de recursos biológicos y la contaminación, junto con el aumento demográfico, colapsarían en breve plazo una sociedad así.

Estos dos datos, el social-distributivo y el ecológico, obligan a plantear el tema de las necesidades sobre bases nuevas. Aquí entran juicios de valor. Si se parte de la aceptación de diferencias sociales substanciales como algo legítimo, o de la idea de que la humanidad no durará eternamente y, por tanto, que no debe preocuparnos poner en peligro el bienestar y hasta la existencia de generaciones futuras, se puede lógicamente aceptar la actual dinámica desigualitaria y ecocida. En tal caso, no tendría sentido construir un concepto de “necesidad humana” de pretensión universal. Pero el juicio axiológico del que hoy parto es otro: es un juicio *ecosocialista*, que otorga valor a la igualdad social y a las condiciones ecológicas para la perduración de la humanidad. Con estas premisas axiológicas se pueden definir las necesidades humanas, en una primera aproximación, como *aquellas carencias que es indispensable satisfacer para que sea posible un nivel de salud y de bienestar fisiológico y psicosocial razonable en cada contexto social, de tal manera que todas las personas puedan acceder a este nivel sin poner en peligro la perdurabilidad de las bases ecológicas de la vida humana.*

A efectos prácticos para una política socialista, esto suscita el difícil problema de cómo cambiar la base técnico-productiva y los esquemas distributivos, chocando con las inercias del sistema imperante y con los hábitos fuertemente arraigados en la mayoría de las gentes. Pero el presente trabajo no pretende abordar este tema, sino aportar una reflexión teórica previa sobre el concepto mismo de “necesidad”.

La necesidad como construcción social

Ortega y Gasset tenía razón al decir que para el ser humano lo superfluo es necesario. El ser humano se desgaja y separa de la animalidad, se hominiza, justamente cuando empieza a necesitar cosas que no pertenecen a su naturaleza estrictamente biológica (y que como tales son “superfluas”): cuando halla sentido en dibujar bisontes, o cuando teme la muerte e imagina fórmulas para el bienestar más allá de ella, o cuando desea aventajar a otro en una habilidad o necesita poseer objetos en los que proyecta su autoestima y su valor personal. Ahora bien, ¿cómo se convierte lo superfluo en necesario?

Para responder a esta pregunta, podemos empezar señalando que todo individuo humano nace siempre en una sociedad ya constituida donde existen formas pautadas de satisfacer las necesidades. Nuestra primera tarea tras el nacimiento no es enfrentarnos directamente con la naturaleza para obtener de ella el alimento, el abrigo, etc., sino aprender los usos y costumbres de nuestra sociedad. Nuestras necesidades vendrán satisfechas a través de esos usos y costumbres, y por esto debemos, ante todo, socializarnos con la máxima eficacia hasta alcanzar, con la madurez biológica, la auto-suficiencia. Aprendemos a conocer qué es lo que viene definido como alimento, cómo se prepara, se guisa, se parte y se lleva a la boca; cómo hay que vestirse, con qué clases de ropas para tales o cuales ocasiones; cuáles son las formas normales de habitáculo; qué hay que hacer cuando se está enfermo, a quién hay que acudir y qué tipos de remedios se usan. El retoño humano, que tarda muchos años en alcanzar la madurez suficiente para vivir por su cuenta, requiere pues un largo período de socialización. Sus necesidades vienen satisfechas en la sociedad, y los satisfactores de las mismas y el modo de usarlos vienen definidos socialmente. La personalidad individual se constituye en el marco social y las necesidades individuales están fuertemente mediadas por el entorno social. Esto no quiere decir que las necesidades individuales *se reduzcan* a lo que determina la sociedad. La satisfacción de la nece-

En las sociedades divididas en clases, cada clase o posición social tiene un nivel determinado de necesidades materiales

alidad individual puede resultar conflictiva con el marco social. Un caso típico de esta conflictividad lo encontramos en el terreno de la sexualidad. La sociedad marca unas pautas para satisfacer la necesidad sexual (matrimonio, heterosexualidad, “normalidad”) que a menudo no coinciden con las inclinaciones individuales, lo cual lleva a mucha gente a violar las normas colectivas.

Por otra parte, justamente por su naturaleza intrínsecamente social, el ser humano tiene unas necesidades que podemos llamar *psicosociales*. Como organismo viviente, el ser humano tiene necesidades meramente metabólicas o fisiológicas: comer, beber, practicar el sexo, descansar, protegerse de las temperaturas extremas, etc. Pero como ser social que nace muy prematuramente y necesita un largo período de educación antes de poder valerse por sí mismo, tiene necesidad de ser aceptado y protegido por el grupo. La clave para sobrevivir en los primeros días, semanas y meses de vida es la protección de la madre y del grupo social de la madre. La vivencia de este hecho se traduce en las profundas tendencias psíquicas que nos ligan al grupo, primero al grupo social de la madre y más tarde a otros grupos humanos: aunque como adultos ya no necesitamos la protección absoluta que requerimos como niños, conservamos una profunda “necesidad de sociedad” o de *pertenencia*. Nadie soporta la soledad absoluta sin enloquecer o enfermar psíquicamente, salvo raras personas en circunstancias especiales. Esta necesidad de pertenencia está emparentada con otras dos: la de *reconocimiento*, es decir, de ser reconocidos por los demás como seres merecedores de algún tipo de aceptación, de dignidad, de derechos, y la de *protección*, no sólo física sino también psíquica. En mi constitución como persona la mirada del otro es fundamental. La identidad individual se constituye en un juego de espejos, y yo necesito ser confirmado por los otros, ser reconocido. En esta dialéctica conquisto mi propia *autoestima*, la otra cara del reconocimiento, que aparece cuando en mí he construido el tribunal autónomo que me permite juzgarme a mí mismo, pero no ya desde mi sola perspectiva, sino desde una perspectiva general, social, porque finalmente he sido capaz de interiorizar “lo social”, eso que G.H. Mead llamaba “el otro generalizado”. Para una vida propiamente humana la autoestima es una necesidad, igual que el reconocimiento.

Lo que en un momento dado es un lujo superfluo puede llegar a convertirse en necesidad para muchos

Aunque analíticamente podamos distinguir estas necesidades psicosociales de las metabólicas (unas y otras “básicas”, según el psicólogo Abraham Maslow, uno de los escasos pensadores que ha tratado temáticamente esta cuestión), en la realidad se manifiestan

imbricadas unas con otras. Cuando comemos o bebemos, no sólo satisfacemos el hambre y la sed, sino también la necesidad de pertenencia y reconocimiento, respetando ciertos ritos sociales. Ocurre lo mismo cuando nos vestimos, no sólo protegiéndonos de la intemperie, sino también dando a los demás una imagen de nosotros mismos.

Las diferencias de status y clase social

En la consideración de lo necesario hay que introducir la variable “posición social” o “status”. En las sociedades divididas en clases, cada clase o posición social tiene un nivel determinado de necesidades materiales. Los privilegiados, en cuanto tales, no obtienen reconocimiento y autoestima si no gozan de ciertos bienes. Las alpargatas satisfacen la necesidad de calzado del campesino, pero no la del rico terrateniente, que “necesita” zapatos. En este caso puede parecer abusivo hablar de necesidad, pero no lo es del todo. Adam Smith decía que lo necesario es aquello que nos permite mostrarnos en público sin sentir vergüenza. Las necesidades de autoestima, reconocimiento y pertenencia se satisfacen a través de unos modos materiales de vida compartidos —y en las sociedades de clases la *comunidad vivida* no es la sociedad global, sino la clase social a la que se pertenece—, de modo que en cada sociedad y en cada clase social se imponen unas uniformidades en las que las gentes se reconocen unas a otras. El mimetismo en los usos materiales tiene una fuerza impresionante justamente por esto. El extravagante que desafía las normas habituales existe en muchos casos, pero siempre como excepción y/o como avanzadilla en el cambio de modelo. De hecho, estamos sujetos a impulsos opuestos: el del mimetismo y el de la distinción. Necesitamos sentirnos como los demás para ser reconocidos como “uno más”, con iguales derechos que los demás. Pero necesitamos también distinguarnos, ser “nosotros mismos”. Ahora bien, la distinción se manifiesta como distinción individual y como *distinción clasista*: los privilegiados han desarrollado justamente formas de comer, vestir, alojarse, etc., muy diferenciadas de las de los de abajo para reafirmar su status y su poder y para legitimar su privilegio (con la falacia de que el de abajo no merece vivir como los de arriba porque “no sabe” hacerlo: se le despreciará por su patanería, su modo de hablar, su falta de elegancia en el vestir, su falta de refinamiento en el comer). La obstinada lucha de los de arriba por este tipo de distinción ha sido un motor de la evolución del refinamiento. La distinción individual no ha sido una fuerza social tan potente; tiene más peso en las sociedades en que se valora y se estimula el desarrollo personal, y en

*Ahorrar tiempo
y energía para
dedicarlos a
otras
actividades es
una condición
necesaria para
enriquecer la
vida*

cambio puede resultar anómica en sociedades más conformistas que desconfían de quien se desvía de la norma. No entraremos aquí en las complejidades de este asunto.

Las necesidades humanas son histórico-sociales

Las necesidades humanas no son fijas, como en los demás animales, sino *histórico-sociales*. Varían en función de las modalidades del metabolismo hombre-naturaleza y de ciertas variables sociales. El ser humano se enfrenta al medio ambiente con sus técnicas, y ellas modelan necesariamente las necesidades. La invención del pan genera la necesidad de pan: anteriormente, la necesidad de calorías se satisfacía de otras maneras. El progreso técnico aporta nuevos alimentos, nuevos medios de iluminación, de transporte, nuevas comodidades, medios para ahorrar tiempo y esfuerzo. Estas novedades se integran en la vida humana y pueden acabar convertidas en necesidades, a veces a través de tortuosos caminos, empezando por ser adoptadas por unos pocos antes de generalizarse. Lo que en un momento dado es un lujo superfluo, tal vez asequible sólo para una minoría privilegiada, puede llegar a convertirse en necesidad para muchos. El lujo queda redefinido como necesidad. Esto significa que “lo necesario” es objeto de una *definición social* en un momento *histórico* dado.

*La ostentación,
que había sido
distintivo de las
clases
privilegiadas, se
generaliza.
Entramos en
una ‘cultura de
las apariencias’
que impregna
toda la sociedad*

La génesis de nuestras necesidades ha tenido una causa en el impulso de refinamiento presente, en el proceso de hominización desde sus orígenes. El distanciamiento respecto de la mera animalidad se puede interpretar como proceso de refinamiento. El mero instinto cede ante conductas guiadas por la búsqueda de un reconocimiento social, que implican inhibición del impulso innato en su estado natural y paulatina substitución de la conducta impulsiva por una conducta cargada de elementos simbólicos que buscan una comunicación con los otros. Los rituales de comida, bebida, cooperación, galanteo, etc., expresan esta búsqueda. Otra causa es el deseo de ahorrar tiempo y esfuerzo en las distintas actividades humanas. Ahorrar tiempo y energía para dedicarlos a otras actividades es una condición necesaria —aunque no suficiente— para enriquecer la vida. La vida sólo se enriquece, sólo deviene propiamente *humana*, cuando rebasa la mera reproducción biológica y se vuelca hacia actividades nuevas, no predeterminadas en el genoma humano. La chispa del espíritu empezó a saltar cuando el cerebro humano fue capaz de establecer nuevas relaciones cognitivas que abrían un campo a la interrogación, al juicio valorativo, a la comunicación simbólica y al proyecto de acción. Sabemos que nuestro ancestro

ha dado ya el salto hominizador cuando fabrica herramientas, pinta imágenes sobre las rocas o entierra a sus muertos.

La cultura de las apariencias

Pero cuando se considera al ser humano creador de herramientas, artista o religioso sólo se suele atender a su vertiente *activa*, creativa, transformadora del entorno natural, olvidándose que, paralelamente, se desarrolla su vertiente *receptiva*. El arte implica acción creativa pero también capacidad para apreciar la obra estética. Cada herramienta implica no sólo capacidad técnica para transformar, sino también capacidad receptiva para desear, gozar o poseer la creación técnica. El *homo faber* se proyecta a sí mismo como ser humano deseante y gozante, como ser que construye su propia interioridad en una viva dialéctica con su acción externa. Una parte de esta interioridad está constituida por las necesidades que evolucionan con las técnicas y con la imaginación humanas, insuflando en el alma un motor psíquico fundamental. Marx celebraba el progreso humano diciendo que la evolución histórica hace aparecer un ser humano “rico en necesidades”, lo cual era para él sinónimo de humanidad compleja y civilizada, frente a aquellos seres incapaces de ambicionar lo valioso y relegados a una especie de animalidad despreciable. Este juicio de Marx puede parecer discutible en la época del *consumismo*, con sus (pseudo) necesidades que, de hecho, son empobrecedoras y no enriquecedoras de la personalidad. Pero la lectura de los manuscritos de París de 1844 inclinan a pensar que Marx tenía en mente no tanto necesidades materiales cuanto otro tipo de necesidades, como la necesidad estética, la de amistad y sociedad, la de autorrealización, la de participación creativa en la vida social y otras por el estilo que, obviamente, la sociedad capitalista actual tampoco satisface.

Antes de proseguir con las técnicas como creadoras de necesidades, conviene redondear la reflexión sobre el fenómeno clasista, que en la época moderna experimenta cambios importantes. La modernidad “disuelve” las clases, que siguen existiendo *de hecho* pero no como realidad formal e institucionalizada. Los códigos jurídicos proclaman la igualdad y no la diferencia estamental. Esta conquista de la modernidad, de gran valor, tiene unos efectos perversos en la dinámica de las necesidades, pues *dispara las aspiraciones de todos a cualquier valor social*, y en particular a los bienes económicos. Las formas de vida de los de arriba se convierten en modelos a imitar. Materializan la excelencia humana y promueven conductas miméticas que configuran profundamente las motivacio-

Lo que se valora no es la utilidad, belleza o funcionalidad de los objetos, sino su carga simbólica como signo de status

nes en las esferas económica y social. Primero es la aristocracia cortesana la que se erige en modelo del “bien vivir” y es imitada por la burguesía. Luego las capas populares imitarán a su vez los modelos burgueses. Y aquí aparece un hecho nuevo. La ostentación, que había sido signo distintivo de las clases privilegiadas, se generaliza. Entramos en una *cultura de las apariencias* que impregna toda la sociedad. Las clases privilegiadas siempre han estado separadas de la naturaleza, en el trabajo y en el goce. Sus relaciones con las cosas han tenido un componente ceremonial y espectacular del que han carecido estas relaciones entre las clases populares. Su status debe exhibirse, ostentarse, como signo de superioridad social. La modernidad ha debilitado la frontera que separa las costumbres populares de las burguesas y aristocráticas y ha convertido la competencia por signos externos de status en una aspiración generalizada, sin borrar las diferencias. Pierre Bourdieu, en *La distinction*, hace una valiosa disección de los signos de distinción en la moderna sociedad francesa y muestra las obvias diferencias de clase en el comer, el vestir, la decoración del hogar, el gusto musical, el deporte. Ello no obsta para que en las clases populares de las sociedades actuales se haya difundido, más que en cualquier otra época, la búsqueda del lujo y de sus señales. En cuanto las clases populares logran superar el nivel de mera subsistencia, entran en la carrera competitiva por signos de status, empujados por una economía expansiva que lanza al mercado más y más productos, por un poder adquisitivo creciente y por una publicidad agresiva.

*Vivimos en una
sociedad
'insaciable', y
por esto
necesariamente
desgraciada*

Desarraigo y artificialismo

La modernidad aporta, además, unos nuevos modos de vida derivados del *desarraigo* y el *artificialismo*. Millones de personas son arrancadas, en el curso de pocas generaciones, del medio tradicional. Los lazos comunitarios y localistas de las viejas aglomeraciones se disuelven. Estos lazos eran opresivos y estrechos, pero protectores, y proporcionaban pautas de todo tipo: moral, estético, culinario, etc. En el torbellino de las nuevas aglomeraciones industriales, los viejos lazos comunitarios quedaban substituidos por los vínculos del simple mercado y la competencia de todos contra todos. Se pierden los referentes, de modo que las mentalidades son más maleables a las nuevas influencias. La emergencia del individualismo moderno ha tenido este precio. Los nuevos lazos con la naturaleza se imponen con igual rapidez. En el transcurso de la vida de unas pocas generaciones, la inmensa mayoría de las poblaciones pasan a vivir en el medio artificial de las ciudades. Todas sus nece-

sidades materiales dejarán de satisfacerse al modo tradicional y pasarán a satisfacerse a través del mercado, según pautas que impondrá fácilmente la industria.

El resultado conjunto será una población desarraigada muy maleable a las influencias heterodirigidas en materia de costumbres y de consumo. La resistencia obrera a la explotación capitalista consiguió generar elementos de contracultura. Pero salvo raras excepciones, la contracultura obrera ha incidido poco o nada en las costumbres. Una excepción notable, aunque muy minoritaria, fue el anarquismo que, en algunos casos —no siempre—, desarrolló un modelo de vida cotidiana alternativo, donde había cultura de la frugalidad, vegetarianismo y naturismo, y un fuerte sentimiento igualitarista, incluso en las relaciones entre mujeres y hombres. Influyó en el urbanismo. En este modelo contracultural es muy notable el rechazo de los signos de distinción y de los convencionalismos, así como una vuelta a la simplicidad y a la naturaleza. Fuera de este caso, la resistencia obrera se limitó, en el terreno de las costumbres, a la reconstrucción de vínculos de solidaridad (a través de los sindicatos, las mutuas, las cajas de resistencia) y de socialidad (ateneos obreros, casas del pueblo, vida asociativa). Pero estos valiosos instrumentos de reconstitución de un tejido social articulado han resistido poco los sucesivos empujes de atomización y fragmentación corporativista causados tanto por las políticas económicas empresariales como por la mercantilización general de las relaciones humanas. La televisión, en su uso individualista (uno o más receptores en cada hogar), ha consolidado la atomización.

El papel de la técnica

La técnica moderna, aplicada a la industria, es el otro gran factor que ha modificado la vida cotidiana. Lanzando continuamente al mercado artefactos nuevos, modificando sin cesar las modalidades del trabajo doméstico, del entretenimiento, del ocio, del transporte, la técnica genera constantemente necesidades nuevas, muy funcionales al sistema capitalista, puesto que constituyen ampliaciones incesantes del mercado. Los nuevos hábitos inducidos por los nuevos artefactos técnicos son fácilmente asimilados por esa población desarraigada, artificializada, atomizada y privada de referentes tradicionales. Los miembros de las clases populares se convierten en fieles de la nueva religión de la técnica, igual que los burgueses. La demanda de novedades técnicas se convierte en un elemento autorreproductivo. Se prefieren las soluciones técnicas más complejas y no se perdona el artefacto “pasado de moda”.

Somos prisioneros del actual sistema técnico-social, que es insostenible por razones social-distributivas y ecológicas

Se trata de luchar contra los residuos aristocrático-burgueses de la cultura de la ostentación y promover una 'cultura de la suficiencia'

La rápida evolución de la técnica refuerza la dinámica competitiva entre clases sociales y entre personas. El mecanismo es el siguiente. Los de abajo tratan de imitar a los de arriba, en particular adquiriendo las novedades técnicas. Los de arriba, para “guardar las distancias”, imprimen a sus formas de consumo nuevos impulsos, adoptando nuevos signos de distinción (que a menudo son las innovaciones técnicas más recientes). Así ponen el listón más alto para los de abajo, cuyos esfuerzos por elevarse en la escala del consumo quedan desvalorizados por el nuevo modelo de los ricos. Y así sucesivamente. *Se genera una dinámica en espiral que alimenta el crecimiento indefinido*, funcional también al sistema capitalista, que sólo puede existir creciendo.

Un rasgo destacado de este crecimiento reside en que se basa en valores *posicionales* y no en valores intrínsecos de los objetos. Lo que se valora no es la utilidad, belleza o funcionalidad de los objetos, sino su carga simbólica como signo de status. Las mismas propiedades técnicas de las innovaciones no son, a menudo, lo que las promociona, sino el hecho mismo de ser una innovación, de ser el *dernier cri* de la tecnología. La rápida evolución de las modas tiene el mismo resultado. Vivimos en una sociedad que reduce enormemente el ciclo de vida de las mercancías porque las arrastra en el triple torbellino de la rápida evolución de los signos de status, las novedades técnicas y las modas. Es evidente que este modo de producir y de consumir es muy frustrante, puesto que se basa en la veloz desvalorización de las cosas y las costumbres. La *satisfacción* jamás puede propiamente detenerse en un estado de reposo, dado que la aspiración siempre rebasa el punto alcanzado. Vivimos en una sociedad *insaciable*, y por esto necesariamente desgraciada. Para cerrar el círculo, el consumo compulsivo puede llegar a ser una especie de satisfacción compensatoria. No es casual que existan tantas necesidades compensatorias y tantos hábitos compulsivos, entre ellos las drogas psicotrópicas, que provocan una necesidad patológica, la adicción.

Necesidades instrumentales

Finalmente, hay que señalar que desde el punto de vista económico y ecológico existen un tipo de necesidades que llamo *instrumentales*, que ofrecen un gran interés. Algo constituye una necesidad instrumental para alguien si sirve para la producción (o transporte) de los objetos que son satisfactores de las necesidades de esta persona. La necesidad instrumental se distingue, pues, de lo que podemos llamar *necesidad terminal*. Se trata de una distinción

paralela a la que hacen los economistas entre consumo productivo e improductivo. El pan es satisfactor de una necesidad terminal (y comerlo es “consumo improductivo”). Pero como para producir pan se requieren medios de producción (desde la hoz y la cosechadora hasta el horno, cuya utilización es “consumo productivo”), mi necesidad terminal del alimento pan implica mi necesidad instrumental de los medios de producción correspondientes. Introducir el concepto de necesidad instrumental tiene la ventaja de subrayar que mis necesidades terminales, al satisfacerse en un sistema productivo dado, suponen unos requerimientos técnico-productivos sin los cuales los satisfactores terminales no existirían *en este sistema productivo*, aunque no necesariamente en otro. Este concepto permite, por esto, *pensar separadamente los medios y los fines e imaginar otros medios para los mismos fines*. En otras palabras, una misma necesidad puede satisfacerse con una variedad de satisfactores cuyo impacto ecológico, por ejemplo, puede ser muy variado. La necesidad terminal “desplazarse de A a B” puede satisfacerse a pie o en automóvil. La leche puede comercializarse en envases de tetrabrik o en envases reutilizables de vidrio o en recipientes que el comprador lleva consigo a la lechería. En estos casos, una misma necesidad terminal se satisface con medios muy diversos, y esta diferencia apunta a una gran flexibilidad en la organización social, técnica y productiva, que permite buscar procedimientos alternativos con mucho menor impacto ambiental sin necesidad de sacrificar la satisfacción de necesidades finales. Ahí hay un campo inmenso para reorganizaciones en el sistema productivo que permitan minimizar los daños ecológicos, bajo el lema de “lo mismo con menos”.

¿Qué hacer?

Volvamos ya, para terminar, a retomar el hilo del principio. Una política socialista hoy debe reconsiderar y redefinir qué significa “necesidad” en un mundo muy poblado, muy injusto y dotado de técnicas muy agresivas para el medio ambiente. El sentimiento de impotencia en que se mueve la izquierda de cara a cualquier alternativa radical obedece, en este caso, a que somos prisioneros del actual sistema técnico-social para satisfacer casi todas nuestras necesidades, empezando por las básicas. Y, sin embargo, hemos visto que este sistema es insostenible por razones social-distributivas y ecológicas. Pues bien, estos dos factores, cada vez más presentes en la conciencia colectiva de las poblaciones de los países ricos, son dos importantes *factores de contrastación* que empiezan a poner en entredicho el sistema y empujan a relativizarlo y revertirlo. El factor distributivo y el ecológico requieren substituir la

Cuando la autoestima requiere poseer un automóvil de lujo para satisfacerse, es que el ‘sistema de necesidades’ está pervertido

obsesión de la reproducción ampliada por *una economía de reproducción simple*, donde la acumulación (reducida a proporciones razonables) sirva sólo como factor de seguridad y no como fin incondicional de la economía. Requieren una reorientación de la técnica hacia la *maximización del bienestar humano con la minimización de los impactos ambientales*. Todo ello exige *cambios en el sistema de las necesidades*. Unos, referidos a las necesidades instrumentales: producir lo necesario con *menos recursos y menos impactos*. Otros, tal vez los más difíciles, referidos a las mentalidades y costumbres. Se trata de luchar contra los residuos aristocrático-burgueses de la cultura de la ostentación y promover una *cultura de la suficiencia*, según expresión de Alan Durning: *una cultura del valor de uso de los productos humanos, y no del valor posicional de ostentación de los mismos*. En esta búsqueda de una nueva cultura económica, de una nueva “economía moral”, creo fundamental comprender que lo importante para el bienestar es la satisfacción de lo que al principio llamaba “necesidades básicas” y, además, la de las necesidades psicosociales, que deberían también sumarse a esas primeras necesidades básicas (siguiendo en eso a Maslow). Pues la autoestima, el reconocimiento, la pertenencia, la protección, la autorrealización, la libertad personal y la participación en las tareas sociales son necesidades absolutamente básicas también, y sin su satisfacción no es posible una vida humana plena. A este respecto, una perversión de la cultura materialista y mercantilista del capitalismo consiste en que ha conseguido vincular la satisfacción de algunas de estas necesidades a ciertos hábitos de consumo, deformando su significación antropológica. Cuando libertad se entiende reductivamente como libertad de elección entre varias mercancías, o cuando la autoestima requiere poseer un automóvil de lujo para satisfacerse, es que el “sistema de necesidades” está pervertido. Lo importante —insistamos una vez más— son la libertad y la autoestima, necesidades absolutamente *básicas*, y lo accesorio (y prescindible) es la “libertad de consumo” o el Mercedes Benz. Esto se puede formular de otra manera: lo importante son los fines y no los medios, y la cultura socialista de la suficiencia debe basarse en una posición de fines compatible con los mencionados criterios distributivos y ecológicos.

Tal vez, mucha gente esté dispuesta a cambiar poder adquisitivo por seguridad

Cinco líneas de actuación

Son aconsejables varias líneas de actuación. *En primer lugar*, teniendo en cuenta el deterioro ecológico que provoca nuestra civilización, *desarrollar tecnologías “blandas” con energías limpias y renovables en el Norte*, no sólo para alcanzar en el Norte un con-

sumo ecológicamente más responsable, sino también para que los países del Sur, cuando puedan elevar sus niveles de vida, cuenten con tecnologías aptas y no deban recurrir a las técnicas contaminantes y devoradoras de energía que hoy aún predominan en todas partes. (Mientras las células fotovoltaicas sean tan caras como hasta ahora es ilusorio pensar en la difusión generalizada de esta forma de captación de energía. Lamentablemente, mientras que la investigación en energías nucleares consumía en 1990 el 61% de los presupuestos de I+D de los países miembros de la IEA, en energías renovables sólo se gastaba el 8,5%. He aquí un caso claro donde habría que invertir las prioridades).

En segundo lugar, pienso que la precarización del trabajo y de la protección pública ha llegado lo suficientemente lejos como para sensibilizar en los países ricos a sectores importantes de la población, sobre todo los más desfavorecidos. En estas condiciones, tal vez mucha gente esté dispuesta a *cambiar poder adquisitivo por seguridad*: seguridad en los contratos laborales y en las pensiones, etc. Propongo explorar esta idea para avanzar hacia una concepción más razonable de lo que deben ser las necesidades priorizables. Una evolución en esta línea podría tal vez hacer más aceptable la idea de “austeridad”, tan desacreditada entre los trabajadores por su manipulación por quienes les quieren simplemente estrujar un poco más, siempre que se acompañara de garantías y de procesos redistributivos en favor de los más pobres. Viene aquí a propósito subrayar la importancia de atacar, en primer lugar, el lujo de los privilegiados. No sólo, ni principalmente, por el gran volumen de recursos despilfarrados, sino, sobre todo, porque el efecto inductor del lujo de los de arriba sobre las conductas adquisitivas de los de abajo —efecto alimentado por la desigualdad económica— es el principal motor de la creación de nuevas necesidades posicionales que se trata de combatir.

En tercer lugar, una *defensa a ultranza del Estado asistencial* como garantía del mencionado punto anterior. La izquierda debería abrir un frente muy beligerante contra los descarados ataques a los logros en materia de protección social que constituyen lo más sustancioso del “bienestar” logrado en los países del Norte. En este terreno hay todavía una fuerte base de consenso social que ni siquiera las derechas se atreven a poner en entredicho, aunque lo quieran.

En cuarto lugar, *luchar por otro tipo de relaciones comerciales y económicas entre el Norte y el Sur*, siguiendo las pautas del llama-

Se trataría de redefinir nuestras opciones de bienestar, dando menos importancia al tener que al ser, hacer, participar en las tareas comunes, compartir

do “comercio justo”, y con cambios sustanciales en las instituciones internacionales que intervienen en este terreno.

Y por último, promover una cultura de la frugalidad y el ahorro, apoyándose en el malestar que genera esta sociedad en el orden de la convivencia y de la salud, por su vacío moral y espiritual y por las injusticias en que se asienta. Se trataría de redefinir nuestras opciones de bienestar, dando menos importancia al tener que al ser, hacer, participar en las tareas comunes, compartir. En otras épocas luchar contra los “peligros de la riqueza” era algo estrictamente moral. Hoy hemos de comprender que también tiene un sentido de supervivencia.

*En otras épocas
luchar contra
los ‘peligros de
la riqueza’ era
algo
estrictamente
moral. Hoy
hemos de
comprender que
también tiene
un sentido de
supervivencia*

Todos estos esfuerzos deben enmarcarse en una lucha contra las estructuras sociales y económicas que, impulsando el crecimiento económico indefinido, nos conducen al abismo. La tarea es inmensa. Requiere transformaciones técnicas, acción política y una difícil revolución cultural. Pero si no se aborda jamás podremos confiar en que surja de la sociedad la *demanda de ecosocialismo* que haga posible el cambio.